

MARTÍ, GÓMEZ Y EL MANIFIESTO DE MONTECRISTI

Arsenio Suárez Franceschi

Conmemoramos en este mes de enero de 1995, un nuevo aniversario de la fecha natalicia de Juan Pablo Duarte y de José Martí, encarnación de la más pura antillanidad. Traigo la voz combativa de Puerto Rico -500 años de coloniaje sin apagarse- para hablar de dos héroes: Máximo Gómez y José Martí y de la significación del centenario del Manifiesto de Montecristi. Por lo que ellos hicieron estamos aquí hoy y por lo que nos toca por hacer. Yo no vengo a descubrir a Máximo Gómez ni a José Martí, sino a abonar, junto a ustedes, la semilla que ellos sembraron.

Cuando José Martí, como delegado del Partido Revolucionario Cubano, ofreció al generalísimo Máximo Gómez el mando militar supremo de la Guerra de 1895 para libertar a Cuba y a Puerto Rico, confiaba en que éste aceptaría esa ingente responsabilidad por motivos patrióticos. Gómez accedió, a pesar de que Martí no tenía más remuneración que brindarle que «el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres».

El patriotismo es una de las formas que adopta el amor. Quien piensa sólo en sí, no ama a la patria. La patria, «agonía y deber», «valor y sacrificio», es, sobre todo, de quienes la sirven más desinteresadamente -aún a costa de sus vidas- como los héroes.

Según Martí, son héroes «Los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad.»¹ Ellos han sido fundamentales en el proceso de creación y transformación de nuestros pueblos.

¹ José Martí, Obras completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 vol. XVIII, p. 308. En adelante las citas correspondientes a las Obras Completas de Martí, serán abreviadas así: OC, con el correspondiente volumen y página.

No es que él defienda la teoría personalista de la historia, de Carlyle, quien plantea que la historia es la obra de los grandes hombres y que la marcha progresiva de la humanidad obedece casi en absoluto al impulso que recibe de sus grandes héroes, los cuales son hombres superiores. Para Martí, son los pueblos los que hacen la historia, pero los pueblos encarnan, a veces, en ciertos hombres: «No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, como su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre». ² La magnitud de esos hombres reside en el espíritu de servicio a su pueblo»: «[...] la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí». ³ Martí y Gómez eran de esos servidores. Hombres de carne y hueso que -junto a lo mejor de su pueblo- estuvieron dispuestos a dar su carne, su hueso y su sangre para que la historia fuera distinta. Esa entrega altruista, sin condiciones, de cara a la muerte, es el más grande gesto de amor.

Recientemente releí toda la correspondencia entre Gómez y Martí y los múltiples textos en que el uno alude al otro. Esa amistad profunda y sincera -que alguna vez (1884) se vio afectada por la divergencia de métodos para llevar a cabo la organización de la guerra emancipadora de 1895- constituye un excelente testimonio de lo que debieran ser las relaciones entre nuestros pueblos antillanos. El respeto mutuo entre Gómez y Martí, la admiración recíproca por su capacidad de sacrificio y la postergación de todo lo que fuera la dignificación del hombre por la libertad, produjo una simbiosis entre ellos que propició el advenimiento de la independencia de Cuba.

De esa amistad -que era una fuerza impulsora- renació, en la década de 1880, el entusiasmo que había quedado al rescoldo después de la Guerra de los Diez Años (1868-1878). De esa conjunción fraternal -o más bien paternofilia- entre el

² José Martí, OC, VIII, 251.

³ *Ibid.*, p. 233.

político de pensamiento revolucionario que es Martí y el guerrero libertador que es Gómez, nació la Guerra del 95.

Examinemos los textos que sostienen lo que llevo dicho. En carta fechada el 9 de septiembre de 1892, dice Máximo Gómez a Fernando Figueredo:

«Yo opino, como amante leal y desinteresado de la independencia de Cuba, que no debe darse un paso que pueda desconcentrar los trabajos iniciados con tan buen éxito por Martí.

Cualquier ligero desacuerdo en las formas, eso no implica nada. Lo que se busca en asuntos tan serios y graves es el fondo. Quién es Martí para atreverse a tanto?, pensarán algunos, y yo les digo: «Un cubano a prueba de grillete por ser cubano cuando apenas tenía bigotes.» He ahí una buen (sic) credencial. Qué no se ha batido en los campos gloriosos de la patria? Pero puede batirse. Y acaso solamente los que tiran tiros pueden y deben ser los depositarios de la confianza pública? Pobres entonces y dignas de compasión las naciones donde los hombres raciocinan de semejante modo».⁴

Martí califica a Gómez como «Hombre de realidades»,⁵ «Hombre no común»,⁶ «Hombre genuino»,⁷ «Indómito»,⁸ y «tenaz libertador»,⁹ que ha sabido ser grande en la guerra y digno en la paz».¹⁰ Destaca en él «las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad»;¹¹ «[...] «He visto al General grande y bueno, y digno de su obra [...]. Lo he visto hasta lo hondo y no he hallado más que grandeza. Era muy de temer, al organizar la guerra presente, la pasión o el recelo o la arrogancia de la pasada. El lo obvia todo y crece».¹²

Tal era el prestigio militar de Gómez -y el de su discípulo Maceo- y su indiscutible jefatura, que para Antonio Canóvas

⁴ José Martí. El general Gómez. Selección, introducción y notas del Centro de Estudios Marianos, Editorial Política, La Habana, 1986, p. VII.

⁵ José Martí, OC, III, p. 198.

⁶ José Martí, OC, I, p. 171.

⁷ José Martí, OC, IV, p. 395.

⁸ Ibid., p. 447.

⁹ Ibid., p. 450.

¹⁰ José Martí, OC, I, p. 167.

¹¹ José Martí, OC, XX, p. 226.

¹² José Martí, OC, III, p. 132

del Castillo, el famoso ministro español, la guerra de Cuba era un negocio de dos balazos felices, uno para Maceo y el otro para Máximo Gómez. La autoridad de éste en el campo de batalla era incuestionable. Ajusticiaba -como en el caso de Masabó, aun defendido por Martí- cualquier indisciplina en el código de conducta revolucionaria. Ese mando autoritario férreo contribuyó a evitar las divisiones intestinas que ocurrieron en la Guerra de los Diez años y abonó al éxito de la Guerra del 95. Los mambises que lo acompañaban a la guerra -con fe ciega en él y en la libertad- decían tener más miedo a su general Gómez que al enemigo general español, Valeriano Weyler.

De sí mismo dio Gómez un rasgo de su compleja personalidad cuando dijo que en su vida no había odiado más que una cosa: la guerra, y que en la guerra, siempre marchaba con miedo atroz a la derrota más que a la muerte. Y en otra ocasión, afirmó: «A quien yo me parezco más es a Don Quijote».¹³

Con motivo de una visita que hiciera Gómez a Nueva York, Martí -otro Quijote- lo exalta ante una concurrencia de cubanos, de la siguiente manera:

«Este hombre, que no nació en Cuba, a quien conoce y admira todo el continente americano, que ha hacinado tantos laureles sobre su frente que habría con ellos para dar prestigio a muchos héroes; este hombre, que ya es inmortal, y que podría descansar satisfecho de su obra, abandona su comodidad presente, deja una familia que le rinde culto de adoración y que es como premio digno a sus virtudes, se lanza al mar y viene a nosotros con todo el ímpetu de sus pasadas proezas, dispuesto a proseguir en su propósito nobilísimo de completar la democracia americana. Este hombre, ah, cubanos! merece toda nuestra veneración, y ante él yo me reconozco pequeño, y no puedo hablar sino para saludarlo con la efusión de hijo agradecido».¹⁴

¹³ Citado por Benigno Souza, Máximo Gómez, el generalísimo, Santo Domingo, Editora Universitaria UASD, 1986, p. 137.

¹⁴ José Martí, OC, IV, pp. 334-335.

Esa es la opinión que le merece Máximo Gómez a José Martí.

Por su parte, Máximo Gómez, en carta a Serafín Sánchez el 4 de agosto de 1892, le dice lo siguiente:

«En política, y no olvide este consejo mío, es preciso conocer muy a fondo los hombres para irse muy a fondo con ellos. Pocos conocen a Martí como yo, puede ser que ni él mismo se conozca tanto.

Martí es todo un corazón cubano, en materia de intereses me debe el concepto de que su pureza es inmaculada -puede ir a batirse en los campos de Cuba por la redención de su patria, con igual denuedo que los Luaces y los Agramontes- todo eso es Martí».¹⁵

Y en otra carta dirigida también a Serafín Sánchez, el 8 de septiembre de 1892, señala:

«Martí y yo somos dos átomos ante la grande idea de la redención de un pueblo por la que ambos nos encontramos fuertemente interesados. Cuando los hombres somos afines en sentimientos, el engranaje es un hecho, los pequeños estorbos de formas o de carácter, esos se allanan y desaparecen con el roce.»¹⁶

En carta a Juan A. Calderón del 9 de septiembre de 1892, Gómez consigna su conocimiento de la situación cubana:

«(...) Créame Ud. yo conozco todas las cosas de Cuba, y puedo asegurar a Ud. que Cuba no es libre, no por el poder y bravura de España, sino por el desacuerdo entre los cubanos. Siendo lo más singular que la causa de tantos lamentables y funestos desacuerdos, siempre ha sido por querer ser patriotas a porfía.»¹⁷

Todos conocemos las discrepancias de los jefes al final de la Guerra Grande y antes y después del Pacto del zanjón que procedió a la Guerra Chiquita. En los años subsiguientes, hay que reconocer en Martí al armonizador de tantas voluntades discrepantes, el recabador y recaudador de fondos para la

¹⁵ José Martí. El general Gómez, p. 167.

¹⁶ Ibid., p. 168.

¹⁷ Ibid.

guerra, al organizador del Partido Revolucionario Cubano, partido que vino a ser el pueblo cubano organizado para el rescate de su soberanía. Asimismo, hay que acreditar a Gómez su veteranísimo consejo y su indiscutible liderato militar respaldado por su prestigio a prueba.

En una consulta que se le hace a Máximo Gómez, sobre si éste estaba conforme con las ases del Partido Revolucionario Cubano y si estaba conteste con Martí, contesta Gómez:

«Si, lo estoy, pues cualquiera que sea la forma, como el propósito que sea, que es lo esencial, armar la Revolución por la Independencia [...].

Desea saber si estoy de acuerdo con Martí?

Sí, lo estoy porque creo que ese compatriota posee tres cualidades necesarias para inspirar confianza: inteligencia, actividad y buena fé.

Los anarquistas, que nunca faltan y que por cierto no son los hombres más resueltos en las Revoluciones, le suponen tendencias dictatoriales y les da miedo -esto me imagino yo- su fuerza de tribuno, sin advertir que precisamente estos son momentos de eso y que cuando se toque a rebato la voz de los cañones no dejará oír la voz de la tribuna. No habrá Cicerón que pueda decir una palabra más, porque entonces se entregaría de lleno y con paso firme, si es que somos hombres en el terreno de los hechos.

Yo creo a Martí a propósito para organizar por la misma razón que no es militar y desde luego estará menos expuesto a sufrir las rivalidades que nunca faltan entre la gente del chafarote [...].

Los que no se proponen a pensar con reposo y sin apasionamiento no pueden ver claro. El trabajo que ha acometido Martí es arduo, pues se reduce a preparar una poderosa Administración Militar para auxiliar al Ejército y el Ejército se organizará él mismo en el campo de batalla.

Es necesario pensar únicamente: 1o. en crear recursos y juntar elementos. Eso es lo que está haciendo Martí con acierto y fortuna. 2o. organizar la guerra: eso lo haremos todos.»¹⁸

¹⁸ Ibid., pp. 176-177.

Sabemos que Martí no era militar. Su trinchera era la trinchera de ideas, que -según él- valía más que las trincheras de piedra. Se vio forzado, por las circunstancias, de ir al campo de batalla. Lo hizo por respeto a sí mismo después del estrepitoso fracaso del Plan Fernandina y para evitar que el pueblo se formara una opinión desdeñosa «de quien predicó la necesidad de morir y no empezó a poner en riesgo su vida.»¹⁹ Así ajustaba su vida a las palabras que pronunció el 10 de octubre de 1890 en Nueva York:

«El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata ni puede acatar la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado [...] a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir.»²⁰

Y en carta del 19 de mayo de 1902 publicada con el título «Martí juzgado por Máximo Gómez», éste evoca la memoria del héroe caído en Dos Ríos:

«Fue José Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos, en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia patria.

[...] Dotado de sorprendentes recursos intelectuales y [...] de gran corazón [...], altivo, rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones [...], llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo le he visto grande y hermoso y a donde pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiese esperar halagado el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto. Frente

¹⁹ José Martí, OC, IV, p. 110.

²⁰ José Martí, OC, IV, p. 252.

a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.»²¹

Máximo Gómez, quien conoció «el espíritu de Martí bravo y sapiente»,²² recoge unas palabras de éste que sirven hoy para honrar el recuerdo de ambos:

«[...] El hombre es superior a la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas, para doblar ante ellos la rodilla y perdonar, en su nombre, a los que los olvidan o no han tenido valor para imitarlos.»²³

No puedo dejar de pasar por alto la ocasión para recordar brevemente el centenario del Manifiesto de Montecristi, firmado por Gómez y Martí el 25 de marzo de 1895, que recoge los ideales que desde hacía décadas defendían los puertorriqueños Betances y Hostos. El pensamiento revolucionario antillano se condensaba en esas páginas escritas de camino al combate. Para el porvenir de nuestros pueblos, alumbrá más ese documento redactado hace cien años, que los escritos de los políticos colonialistas de hoy. Además las palabras de Gómez y Martí en esa trascendental proclama están selladas con el ejemplo, que es la manera de escribir para los tiempos.

El manifiesto de Montecristi es según Gómez un «llamamiento [...] al honor y a la virilidad del pueblo cubano»,²⁴ para levantar y sostener el espíritu de la inevitable Guerra de Independencia. Expone su fe en las capacidades del pueblo para lograr la libertad a través de una guerra civilizadora, breve, humanitaria, benéfica, sin odios, basada en un radical respeto al ser humano, cubano o español. Para todos los españoles de trabajo y honor se levanta también la patria nueva cubana.

Para salvar a la patria de raíz, recomienda la incorporación de todos los componentes heterogéneos de la nación cubana en la tarea de la educación republicana y del trabajo creador.

²¹ José Martí. El General Gómez, pp. 202-203.

²² Ibid., p. 209.

²³ Ibid., p. 208.

²⁴ Ibid., p. 201.

Rechaza el odio contra el compatriota negro y lo ve dispuesto a aportar en la lucha de todos por reconstruir todo el país. Sobre ese particular, recordemos que los revolucionarios de la Guerra Chiquita fueron tildados de racistas por los autonomistas y acusados de querer establecer una república negra en la provincia de Oriente. La guerra se haría con los cubanos de afuera y con los de adentro, de acuerdo con la composición del país y con el espíritu del país, sin imprudentes calcos extranjeros y con evidente ánimo republicano: «desde sus raíces -subraya el Manifiesto- se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía.»²⁵

En la titánica labor de edificar, de fundar la patria libre, no olvidan Gómez y Martí a las demás Antillas, sin las cuales la gesta libertadora quedaba inconclusa. Quisieron -como Bolívar- la creación de un archipiélago libre, «donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes.»²⁶ y la revolución se hacía.

«para el adelanto y servicio de la humanidad» y para fijar el «equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.»²⁷

Esa solidaridad para con todos los pueblos, apunta al verdadero nacionalismo: el que tiene amor a su propia tierra y la ve en concierto solidario con las demás. Ejemplo sobrado de ello, además de Martí, fue Gómez, quien puntualizó: «Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijadas en mí.»²⁸

²⁵ José Martí, OC, IV, p. 99.

²⁶ *Ibid.*, p. 101.

²⁷ *Ibid.*

No debemos olvidar que Gómez, como antes Maceo, ofreció su brazo para la lucha armada independentista de Puerto Rico. Ante una petición al respecto, por un grupo de jóvenes puertorriqueños que trabajan en las obras del Canal de Panamá, escribe Gómez a Ramón Emeterio Betances, en 1887, lo siguiente: «para todo lo exclusivamente de Puerto Rico siempre estaré a las órdenes de Ud. No daré un paso, no pondré en ejecución ningún pensamiento mío sin su aprobación o previa consulta.»²⁹ Cuando, en 1898, los Estados Unidos cayeron con su fuerza terrible sobre Puerto Rico y forzaron a España a la entrega oficial de nuestra isla mediante el Tratado de París, la respuesta de Máximo Gómez no se hizo esperar. En carta a Eugenio María de Hostos, fechada el 5 de febrero de 1899, le dice así:

«Muy estimado amigo:

Recibí su muy atenta carta fechada 21 de enero ppdo. Yo tenía noticias de que usted se movía enérgicamente en el sentido de salvar la angustiada situación de Puerto Rico que, por artes diplomáticas, pasará de colonia española a tierra conquistada por los americanos. La tristeza suya, que es la de su patria, ha sido también dolor para nosotros, [...] los antillanos somos doblemente hermanos, y el amor a la tierra nativa alcanza por igual a las tres islas enclavadas en el cruce de dos mares y llamadas a un gran porvenir, si sus hijos sabemos inspirarnos en las normas de justicia y rectitud. Cuento usted, amigo mío, con todo mi apoyo para la obra antillana. Estoy a su lado y no escatimaré mi esfuerzo decidido a favor de la libertad de un pueblo hermano. Cuenten ustedes con mí espada, puesta al servicio del derecho y de la defensa de las causas justas y santas.

Siempre de usted buen amigo,

Máximo Gómez.»³⁰

²⁹ Citado por Germán Delgado Pasapera, Puerto Rico: sus luchas emancipadoras, Puerto Rico, Editorial Cultural, 1984, p. 405.

³⁰ Horacio García, Pensamiento revolucionario cubano, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro, 1971, p. 33.

Tanto Gómez como Martí -prefiguraciones del hombre nuevo- demostraron con sus vidas fecundas lo que dijo Pedro Albizu Campos: «La libertad, cuando está en el alma, es invencible». Sigamos su ejemplo.

El primer

La concepción de la Corriente de Actualización de la cultura cubana, de la que yo soy uno de sus miembros, surgió en el Caribe insular, los años sesenta, en los días de los mártires de la masacre de los Cuadrados Negros, cuando los dos últimos siglos de la historia cubana, tras un siglo de la independencia, se abrieron en la realidad pública en forma de un debate tan fecundo como el del segundo siglo de la independencia de España. Los franceses lea

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer

El primer



²⁰ Cienfuegos por Gerardo Delgado Macarro, Puerto Rico sus luchas emancipatorias, Puerto Rico, Editorial Colón, 1954, p. 435.

²¹ Hernández, *Para el bien revolucionario cubano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1974, p. 74.